

LA ORGANIZACION DE LOS GOBIERNOS DE LOS ESTADOS Y LAS NECESIDADES DEL MOMENTO

POR EL ABOGADO JOSE LOPEZ LIRA

HE circunscrito el problema a la organización de los gobiernos de los Estados, sin aludir a la acción del Gobierno general, primero, por el breve espacio de que dispongo para el desarrollo del tema; después, porque estimo que es a las administraciones locales a quienes, por su más estrecho contacto con el vivir ciudadano, competen las actividades analíticas fundamentales, y, por último, porque de las orientaciones efectivas de los Estados habrá de desprenderse la orientación del Gobierno de la República, quien realizará así una gigantesca labor de síntesis nacional. Son estas las razones que me impulsan y que deseo se tengan presentes, para evitar generalizaciones inadmisibles.

La forma federativa, por lo demás y contra creencia muy común, se presta admirablemente para desarrollar sobre una definida unidad ideológica, todo un sistema constructivo en el que han de tomarse forzosamente en cuenta las acentuadas diferencias de orden geográfico, étnico, económico, moral y educacional que dan peculiar sello a cada provincia.

El primer tercio del siglo veinte ha sido época de prueba, período de crisis que ha llegado lo mismo al trágico ballet de la Gran Guerra, que a la danza de las monedas; pero, ¿crisis de qué? ¿Qué es lo que ha estado a prueba en este lapso angustioso?

Estuvieron a prueba, y salieron de ella mal librados, los conceptos generales que se presentaron como elaboración del siglo diez y nueve y sobre los cuales se basó la organización social de los pueblos occidentales. Lo que hizo crisis, para morir después de ella—que no para salvarse—, fue el sentido de esa cultura occidental.

Lo que los hombres del 93 juzgaron maravillosa panacea; lo que los dialécticos del 57 estimaron luminosas conquistas de la intuición y el pensamiento; lo que la lógica humana, con toda su soberbia, juzgó evidente; todas las lucubraciones que constituyeron la verdad del

siglo diez y nueve, al ponerse en contacto con la realidad de los hombres y los pueblos, se ha desvanecido como una pompa de jabón, pero dejando a la Europa tinta en sangre, al Asia en lucha de razas, de castas y de creencias; a la América estremecida en convulsión de integración y de acomodamiento, y al Africa angustiada y amenazada, como gacela rodeada de leones, como árbol caído en presencia de hachas lacerantes. Y dondequiera, hogares sin pan, hombres sin trabajo, puños que se alzan en imprecación y en amenaza, estructuras económicas que se rompen, gobiernos que vacilan, instituciones que se bambolean, horizontes preñados de negrura.

Pero todo esto es explicable: los conceptos generales sobre los que se basó la organización humana del siglo diez y nueve, fueron sólo producto de la dialéctica, de la oratoria y de la metafísica; el espíritu orgulloso de las élites forjó un mundo irreal; corrió insensatamente tras de vocablos; se entregó muellemente a fantasmas a quienes el ropaje de la elocuencia daba apariencia de seres verdaderos, y formó la maravillosa arquitectura de la civilización, no ya sobre cimientos de arena, que dijera el Evangelio, sino sobre deleznable nube que el más ligero soplo desbarata.

Civilización sin cultura, esa es nuestra herencia.

Porque cultura es concreción; cultura es elaboración cotidiana y conjunta; cultura es creación tangible de un pensamiento general; cultura es materialización del espíritu de un pueblo; cultura es la forma fecunda en que se manifiesta el alma de una época. Pero espíritu, pensamiento y alma que deben tener una realidad existente, no que se suponga que exista; conceptos generales, formas de estimación de la vida que efectivamente sean, no alucinaciones ni ilusiones.

Las culturas son elaboraciones de pueblos; los dialécticos torcieron, mal interpretaron el sentido de la elaboración de la humanidad en la última centuria. Y como las necesidades, lo mismo materiales que intelectuales, no se sujetan a tesis, ni ceden a previsiones más o menos afortunadas, la explosión de la vida misma hizo añicos la estructura asentada sobre jirones de niebla.

La política, que debe ser ciencia y arte de coordinación de las actividades individuales, gremiales, colectivas, es, por de contado, quien más sufrió la desorientación del sentido de la cultura: con la ilusión de una jefatura sobredorada, dejó que los pueblos marcharan dando tumbos, entregados a las discordes sacudidas de las pasiones exaltadas; se desatendió de la floración interna contentándose con un acatamiento nominal, con una sumisión pasiva nacida las más veces de la inercia, otras del temor y muy pocas de la estimación; dejando en lo espiritual—aspecto primordial en que el hombre influye sobre el hombre—la mayor parte al elemento religioso; siendo en lo material sólo un colaborador forzado de cualquiera de los dos factores de pro-

ducción, el capital o el trabajo, y en lo biológico, cruzándose casi de brazos frente al problema de los sexos y de las razas.

Una cultura no se improvisa; una cultura no es factura de un gobierno; pero ya que la cultura occidental llegó a su ocaso y que se nos anuncia la aparición de un mundo nuevo, se nos impone la necesidad de hacer pasar a segundo término las que hasta ayer fueron verdades, y dedicar nuestras energías a la satisfacción de las exigencias materiales e intelectuales que la vida nos pone de manifiesto, y que, cualquiera que fueren los orientaciones que el tiempo nos reserve, quedarán siempre como bases indestructibles de las colectividades humanas.

Ya aparece con esto, con claridad meridiana, el papel que en mi sentir está reservado en estos momentos a los gobiernos de los Estados mexicanos.

Ya no forjar doctrinas para pretender reducir a ellas la vida misma; ya no mantener divisiones de hombres para seguir la corriente de ideologías caducas; ya no colocarse en planos metafísicos para olvidarse del sentido eminentemente humano de la vida social. Sino ante todo y sobre todo, asegurar la cooperación y la coordinación de todos los elementos, de todos los habitantes.

No está en manos de los conductores de pueblos seleccionar a los hombres a quienes deben guiar: un pueblo es una masa más o menos homogénea de elementos diferenciados; y hay que contar con que dentro de él, tienen cabida y tienen derecho a su existir integral, a pesar y precisamente por sus caracteres de diferenciación.

Cualquiera que sea la posición social de origen, cualquiera que sea la convicción religiosa, cualquiera que fuera el credo político que sustente, el gobernador de un Estado, para los efectos de la labor de coordinación que le corresponde, debe estimar a todos los gobernados como factores reales de la sociedad que dirige, y en esa virtud, como seres merecedores de atención y cuidado y ayuda y protección. Despreciar un factor, lo mismo malo que bueno; descuidar un componente por modesto que sea o por insignificante que se suponga, equivale a que un matemático voluntariamente olvide un sumando o borre un signo: porque hay que gobernar, y gobernar es coordinar un todo múltiple y complejo, no satisfacer a un solo sector de hombres u opiniones.

Dentro de esa labor de atención conjunta se destaca, con acusado relieve, la necesidad de organizar la Hacienda Pública; pero debe entenderse que la Hacienda Pública sólo es y debe ser un reflejo, una resultante de la vida económica del Estado. Para ajustar la Hacienda Pública hay que atender no a que las leyes fiscales son mejores o peores, sino al desarrollo de la economía colectiva. Dondequiera que

se produzca una actividad de orden productivo, dondequiera que haya un esfuerzo humano en vista de un rendimiento ulterior, dondequiera que exista en potencia un fruto, allí debe estar la mano del gobierno del Estado para cooperar tanto con su apoyo material y moral, con su capacitación técnica, como con sus elementos materiales, si fuere preciso.

Y esa economía debe desarrollarse a base de verdad y no de suposiciones; a base de técnica y no de consejos. Nuestros nacionales se hacen lenguas de la feracidad de nuestras tierras y dan por hecho lo que es tan sólo ingenuo deseo. Pero no debe partirse de esto, sino de la verdad real y desnuda. Por fortuna, nuestros Estados en general se hallan suficientemente dotados para desarrollar sus peculiares riquezas; lo que falta es, sobre todo y ante todo, la aplicación sistemática y consciente de la técnica. La técnica se ha impuesto, porque es producto de ciencia positiva, y porque presenta verdades evidentes; en esa virtud, se impone como exigencia del momento en la organización de los gobiernos de los Estados y, correlativamente, la proscripción absoluta del empirismo. Ni la intuición ni la buena voluntad son capaces de substituir a la técnica. De manera que el problema de la Hacienda Pública de los Estados se convierte en problema de la organización de la Economía colectiva, y el gobernador debe ser, para responder a su papel actual, un orientador, casi un gerente de esas múltiples y complejas actividades productoras, con el sentido de su responsabilidad respecto a la vida material de sus gobernados.

Gobernar es cultivar, y en manos de los gobernadores, la vida humana debe requerir el cuidado que una planta en manos de un botánico: trescientas mil vidas o un millón de vidas, ¡qué importa! Antes bien, a mayor número hay que acrecentar los cuidados y extremar el sentido de la responsabilidad. Y salubridad y educación y organización de la familia y capacitación para el servicio colectivo forman parte del mismo cultivo de la vida humana. Pero todo ello requiere conocimiento y técnica; y requiere una amplia, una serena visión del valor de la vida humana y del valor del esfuerzo humano. Allí donde el concepto de política menuda predomina; allí donde se deja perder el esfuerzo de la mujer; allí donde se deja que el acaso regule el nacimiento y la educación de un niño; allí donde la habilidad para evadir problemas substituye a la capacidad; allí donde se divide y no se coordina; donde se añora y no se actúa, donde se exige y no se ayuda, allí no se está gobernando.

La política de los gobiernos de los Estados debe ser crear, construir, guiar, alentar, reunir esfuerzos, unir voluntades, y trabajar, trabajar y prodigarse, para que sepan cada mano y cada espíritu que en el gobierno local está una voluntad amiga dispuesta a descender desde su altura hasta hacer que el problema individual se disuelva dentro del sentir colectivo.

Y si el esfuerzo es grande, hasta parece utópico, y si la labor parece sobrepasar la capacidad de un solo hombre, baste considerar que el gobernador no debe estar solo, sino ser el centro director de capacidades técnicas; y que más fruto debe esperarse de la observación y de la ciencia que de las intenciones platónicas o de la intuición sin base de conocimiento.

Los gobiernos de los Estados deben organizarse, pues, a base de técnica y con un amplio sentido humano y social.